

Comentarios

Balance de los tres años de gobierno de Francisco Flores

El 1 de julio de 2002, cumplió tres años la presidencia de Francisco Flores. Prácticamente, se está ante la recta final de un gobierno que se verá marcado de manera sensible por la coyuntura preelectoral, que ya despunta en el horizonte político nacional. Sobre los logros y las carencias del tercer gobierno de ARENA se han vertido distintos juicios. Que la ciudadanía haya evaluado su tercer año con una mejor nota a la de los dos años anteriores (6.2), ha sido interpretado por sus partidarios como un signo positivo. A juzgar por el tono del discurso que el mandatario dirigió a la nación para informar sobre su gestión, parecería que él también comparte esta visión optimista sobre lo hecho por su gobierno. Para Flores y su partido, las dudas sobre su ejercicio gubernamental sólo pueden provenir de los pesimistas crónicos.

No faltan, sin embargo, los cuestionamientos por el rumbo que el país ha seguido durante la presidencia actual. Los puntos flacos que los críticos del gobierno de Flores han puesto de relieve en sus valoraciones tienen que ver, en lo fundamental, con la difícil situación económica de la población, aparte de un estilo de gobernar al cual imputan su carácter excluyente. Según estas apreciaciones, los logros alcanzados durante los tres años de presidencia de Flores no serían más que simples espejismos para ocultar una gestión totalmente desacertada.

Una evaluación sobre estos tres años de gobierno necesita sopesar, tanto los logros como los desaciertos y, a partir de ahí, proponer un balance crítico. El comentario examina tres aspectos de la presidencia de Flores: el político, el social y el económico. Después, hace una valoración general sobre lo que ha significado para el país el curso de la gestión del actual gobierno, el tercero del Partido ARENA y el segundo después de la firma de los acuerdos de paz de 1992.

El desempeño político: juegos de imagen y desgaste institucional

El desempeño político del gobierno de Flores se ha destacado, a lo largo de estos tres años, por una extraordinaria capacidad para hacerse presente, por lo general de manera positiva, en la mente de buena parte de los salvadoreños. Basta recordar que en las diferentes encuestas de evaluación, realizadas a lo largo de estos tres años, se observa una tendencia creciente hacia la mejoría, en cuanto a la percepción ciudadana de la gestión de Flores¹. No se trata, por cierto, de una aprobación abrumadora. Sin embargo, ninguna encuesta de evaluación ha situado al ejecutivo por debajo de las demás instituciones políticas del país. Y ello a pesar de que los ciudadanos siguen considerando la pobreza, el desempleo o la inseguridad como los pro-

1. Estas valoraciones son 5.4, en el 2000; 6.1, en 2001 y 6.2, en 2002. Estos valores revelan la calificación que los ciudadanos dan al gobierno de Flores. *Proceso*, 905, 7 de junio de 2000; 953, 30 de mayo de 2001 y 1002, 5 de junio de 2002.

blemas más acuciantes. Problemas que, a todas luces, son de incumbencia del gobierno y sin relación directa con instituciones como la Asamblea Legislativa, los partidos políticos o el sistema judicial, las cuales conservan su cuota de evaluaciones deficientes, por parte de la ciudadanía.

De ahí que haya que preguntarse si no se ha producido un “efecto Flores” —prescindiendo de los medios por los cuales se habría logrado— sobre buena parte de los salvadoreños. Se trataría, de ser el caso, de una cierta atracción del presidente sobre el ciudadano medio, quien sigue cifrando sus esperanzas en el carisma y la buena voluntad del mandatario, ante la debacle generalizada de las demás instituciones políticas. La figura del presidente vendría a ser algo así como el último punto de referencia para una sociedad desorientada, en busca de salvavidas.

A propósito de lo anterior, es evidente que el partido oficial ha invertido importantes recursos en la obtención de estos resultados. Por eso, por lo menos en apariencia, espera recoger los frutos políticos de la imagen del presidente, en las próximas elecciones. Ha sido la estrategia sabiamente orquestada, a lo largo de estos años. Así se explica la política del descrédito de los demás actores e instancias políticas. Todas las instituciones, y en mayor medida la Asamblea Legislativa, han sido tocadas. El proyecto cuenta con la complicidad de los medios de comunicación —unos cooperan de manera ingenua, mientras que otros lo hacen con pleno conocimiento de causa—, los cuales han hecho de la Asamblea Legislativa y de los partidos políticos —y más que otros, del FMLN— los chivos expiatorios de los males nacionales.

En consecuencia, con motivo de la celebración del tercer año de gobierno, Flores ha recibido las calificaciones más altas de su gestión. Según el último sondeo del Instituto Universitario de Opinión Pública de la UCA, los salvadoreños evalúan con un 6,2 —en una escala de 1 a 10— el desempeño del presidente. Por ello, el 1 de junio, en su discurso ante la Asamblea Legislativa, el mandatario estaba de fiesta, rebosante de optimismo. En un abrir y cerrar de ojos barrió a los opositores con su parábola de los alpinistas. Su gobierno representa, según su particular punto de vista, a los visionarios, a quienes no se dejan amilanar por las

dificultades, a quienes están dispuestos a escalar la montaña para alcanzar la cima cercana².

En este afán por enfatizar su optimismo y su fe en los beneficios que, según él, su gobierno ha aportado a El Salvador, Flores calificó a los críticos y opositores de su gestión de cómodos y de predicadores de la fatalidad. “No faltará quien espere que su pesimismo contagie a los demás” —dice el mandatario—, “porque la desesperanza también es una forma de comodidad. De todos los peligros que enfrentamos, este es el más pernicioso, puesto que socava las energías que necesita un pueblo para enfrentarse a los retos, los problemas y las adversidades que el futuro trae siempre consigo”.

A su vez, los periódicos de la línea oficialista subrayan que “la gestión del presidente se caracteriza por la sensatez de sus propuestas, lo ponderado de sus posturas, la habilidad en sortear los desafíos de la oposición y en abrir espacios al país en los Estados Unidos y la Comunidad Europea”. En fin, para los voceros de la derecha, Flores “es un consumado diplomático, a quien toman muy en cuenta el presidente de Estados Unidos y el presidente del gobierno español. [Y además] gracias a su gestión personal es que Centroamérica tiene la oportunidad de iniciar, en los próximos meses, su incorporación al Mercado Común de América del Norte, y de llegar a un TLC con la Comunidad Europea”³. Al parecer, el editorialista desconoce que la Comunidad Europea desapareció hace muchos años para transformarse en Unión Europea.

A partir de esas consideraciones, no hay lugar para crítica alguna. Flores dice saber hacia dónde va el país. Pretende divisar ya la cúspide de la montaña. A fuerza de parábolas, pone en jaque a los incrédulos. Como remedio a las posibles influencias que puedan tener los llamados *predicadores de mala fortuna* —quienes se oponen al abnegado y trabajoso esfuerzo de los círculos areneros para hacer viable este camino cuesta arriba—, Flores invita a armarse de valor y a hacer oídos sordos ante las prédicas de mal agüero. Toda una receta de psicología política para despistar a los salvadoreños sobre los problemas con los cuales se las tienen que haber a diario. Pero, en su lucha contra estos predicadores pesimistas, Flores se ha revelado como un maestro del engaño y pasa de largo ante

2. Ver, “La parábola de los alpinistas”, *Proceso* 1002, 5 de junio de 2002, pp. 2-3.

3. Editorial “Mucho se logró en estos tres años”, *El Diario de Hoy*, 4 de junio de 2002, p. 19.

la grave situación socioeconómica que enfrenta la mayor parte de la población.

No obstante, al parecer, el llamado de Flores ha surtido efecto. El principal partido de oposición, según los últimos sondeos de opinión, sigue perdiendo terreno y se sitúa ya a unos diez puntos por debajo del partido oficial, en intención de voto⁴. En este sentido, Flores ha ganado la partida política. Su pésima gestión no ha logrado inclinar la balanza de las preferencias electorales hacia otras opciones políticas.

Ahora bien, conviene preguntarse si los logros políticos de su gobierno implican, al mismo tiempo, logros significativos para los salvadoreños, en general, y para la democratización del sistema político, en particular. Con respecto a lo primero, la respuesta es claramente negativa. Los principales indicadores económicos, examinados más adelante, son prueba de ello. En todo caso, conviene recordar que las encuestas de opinión pública revelan que, para la gran mayoría de la población, los problemas de desempleo y las dificultades para acceder a niveles dignos de salud, educación y vivienda, entre otros, siguen siendo realidades cotidianas.

Por otro lado, respecto de la democratización del sistema político, hay que notar que no existe una democracia consolidada. Flores ha hecho de estos tres años en el poder una tribuna privilegiada para desacreditar a la izquierda y a cualquiera que piense diferente sobre la manera cómo su equipo conduce los destinos de El Salvador. En este sentido, no hay lugar para hablar de apertura o capacidad de diálogo. Además, el discurso presidencial no deja dudas sobre su poca disposición a enmendar el curso adoptado en aquellos temas en los cuales los salvadoreños le reprochan su actuación. Lo importante para el mandatario es descalificar cualquier oposición, incluida la de los salvadoreños que no experimentan ninguna mejoría en sus condiciones de vida, pese a los publicitados logros económicos, de los que tanto alarde se hace. La única diferencia con el antiguo régimen es que ya no se mata por pensar de manera diferente. Sin embargo, se sigue negando el derecho a disentir y a ver de manera distinta el funcionamiento del país o el modo como las autoridades políticas —influidas por determinados grupos de poder económico— llevan a cabo su proyecto de nación.

Los medios de comunicación afines al gobierno se encargan de condenar a quienes piensan de manera diferente. El ostracismo es practicado sin ningún escrúpulo. Y se niega a los salvadoreños el derecho más elemental a decir que no se sienten favorecidos por las políticas gubernamentales. Las acusaciones de “cobardes” o de “predicadores de mala fortuna” no son gratuitas, pues responden al mejor estilo de ARENA, partido que cree ser el único capacitado para interpretar y dar solución a los problemas de El Salvador.

Si bien es cierto que políticamente esto puede ser válido y que, en una situación de competencia sana, cada uno de los actores políticos hará lo posible para demostrar que es el verdadero representante de los intereses de la mayoría de la población, lo que no se puede avalar es el “linchamiento” noticioso al los medios oficialistas condenan a quienes disienten de las posturas de sus aliados. En este sentido, se puede decir todo del gobierno de Flores, menos que sea democrático, abierto al diálogo y dispuesto a concertar, tal como pretenden hacerlo algunos de los autoproclamados portavoces de la opinión pública.

Lo más grave en esta política de calumnias es el desprestigio y el desgaste innecesarios a los cuales son sometidas las instituciones más importantes del sistema político. En efecto, para una determinada corriente de la derecha importa más poner al desnudo las incongruencias de algunas personas que trabajar en el fortalecimiento de la confianza ciudadana, en los mecanismos institucionales establecidos para resolver los problemas sociales. Es evidente que esta estrategia ha impactado la vida política y está contribuyendo a que los salvadoreños se desatiendan de ella. Si bien los resultados pueden favorecer a la derecha, ello no deja de ser una estrategia de corto plazo, que mina la legitimidad del sistema institucional. Y es que, si a la ineficacia del sistema político salvadoreño para resolver los problemas sociales se añade el “desgaste de legitimidad”, al cual están sometidas las instituciones, se mezclan demasiados elementos peligrosos, susceptibles de alentar una reversión autoritaria.

Lo social en los tres años de gestión presidencial

Es innegable que los gobiernos latinoamericanos, a partir de la década de los noventa, han in-

4. Ver *El Diario de Hoy*, 20 de junio, p. 3.

vertido más en los sectores sociales. El gasto social está mejor representado en los presupuestos nacionales. Sin duda, El Salvador no ha sido la excepción. Los tres gobiernos de ARENA —presionados por las crecientes demandas sociales, los países amigos y los organismos internacionales— han destinado más recursos a este sector, después de los acuerdos de paz de 1992. No obstante los avances, siguen habiendo grandes desigualdades, las cuales representan nuevos desafíos.

Según la perspectiva del presidente Flores, El Salvador ha dado pasos agigantados en materia socioeconómica, durante los tres años de su gestión gubernamental. Apelando a las estrategias de apertura comercial, aumento del gasto social y de la inversión pública —y haciendo uso de un eficiente manejo publicitario, el cual ha elevado los niveles de popularidad—, el mandatario destaca como sus mayores logros la creación de cientos de empleos, los tratados de libre comercio, la dolarización, la reforma del transporte público, la construcción de carreteras, la reducción del analfabetismo y de la mortalidad infantil, la reconstrucción de escuelas, viviendas y centros hospitalarios, la estabilidad migratoria de los salvadoreños que residen en Estados Unidos y el combate frontal contra la delincuencia.

En su discurso anual —calificado como “realista” por los grandes empresarios y “en las nubes” por la izquierda y la Procuradora para la Defensa de los Derechos Humanos—, Flores hace alarde de los logros de la Policía Nacional Civil, de los ministerios (educación, salud, economía, obras públicas y relaciones exteriores) y de la “valentía y eficiencia” de la Fuerza Armada. El mandatario proporciona datos, que muestran el alcance de sus conquistas: ocho nuevas zonas francas y 100 mil empleos seguros; 738 millones de dólares en inversión pública; 473 kilómetros de caminos rurales y 150 de carreteras principales; reconstrucción de 2 473 escuelas devastadas por los terremotos; aumento de la población escolar en 105 700, desde 1998; reducción del analfabetismo al 15 por ciento; dotación de techo provisional o permanente a 243 mil familias afectadas por los terremotos; 225 mil salvadoreños con residencia temporal en Estados Unidos y un modelo de seguridad ciudadana que “se adapta a las necesidades del país... [que] contempla: una completa reingeniería institucional de la Policía Nacional Civil, un profundo proceso de depuración, el ordenamiento de la planificación estratégica y operativa, y el incentivo a la partici-

pación ciudadana”. Desde esta óptica, El Salvador vendría a ser un paraíso para los inversionistas extranjeros.

El discurso concluye en el mismo tono retórico, los salvadoreños estarían “a medio camino”, en la ruta hacia el desarrollo económico y social. Esto es evidente cuando se compara la situación nacional con la de otros países. Sin embargo, un examen serio —y realista— de la gestión de Flores, en el ámbito social, observa pronto el retraso y las carencias, a pesar del aumento de la inversión. Después de todo, los datos proporcionados pueden discutirse. Pero no es eso lo que levanta más sospechas. Suscita desconfianza el hecho de que el presidente Flores se muestre optimista, mientras trata de ocultar una realidad que se impone: los logros en educación son mínimos, pues existen brechas grandes en el sector; la reforma del sistema de salud ha sido postergada por intereses inconfesables, desde la oficialidad; el sector vivienda enfrenta una grave crisis por la precariedad de las estructuras habitacionales —sobre todo, las unidades habitadas por familias damnificadas—, los déficit cuantitativos y cualitativos y las dificultades financieras. Aunque la incidencia del secuestro ha disminuido, El Salvador sigue teniendo altos índices de homicidios. Finalmente, el flujo de emigrantes no se detiene.

Al presidente Flores se le olvidó mencionar que la pobreza afecta a más de la mitad de los salvadoreños (51.2 por ciento, después de los terremotos, según el PNUD) y que el desempleo y el subempleo constituyen uno de los mayores flagelos de la población. Además, la inseguridad ciudadana —a pesar de los avances— sigue siendo un gran reto para la policía. Tampoco dijo nada de su gestión para conservar el medio ambiente, ni de los riesgos que amenazan a la población. No se puede, pues, afirmar que El Salvador haya alcanzado altos niveles de desarrollo socioeconómico —y, en esto, el discurso sí que es realista. Lo que el mandatario ha obviado en su discurso es que la población salvadoreña está dividida por grandes —y casi insuperables— brechas sociales y económicas. El Salvador sigue siendo uno de los países más desiguales del continente; la concentración de la riqueza y del ingreso abre abismos entre los salvadoreños.

A estas alturas, recordar la realidad de la pobreza y de las brechas socioeconómicas puede resultar disonante, sobre todo para los sectores —el gobierno y la empresa privada— que cierran los

ojos ante ella. El problema está en que, en contradicción abierta al discurso oficial, la exclusión y el atraso social son cosa del presente y no sólo del pasado. Pretender negar esta realidad es cerrar los ojos ante lo que se impone. Por eso, el discurso del tercer año de gestión habla más de carreteras y de libre comercio, mientras miles de salvadoreños tienen que vivir en condiciones inhumanas, bajo techos provisionales de mala calidad.

En resumidas cuentas, lo social ha sido el sector menos privilegiado del gobierno de Flores —así como también de los anteriores. Mientras el país tiene un sector financiero y empresarial de punta, los sectores sociales (educación, salud, vivienda, infraestructura y trabajo) y la seguridad ciudadana no han recibido la atención debida, por parte de un gobierno que se preocupa más de la apertura económica que de las necesidades básicas de la población. Se le olvida al gobierno que el éxito de la apertura comercial reside en la elaboración de proyectos integrales de nación, que persiguen el desarrollo social y productivo del país. Con todo, parece que la cima de la que habla Flores está más lejos de lo que él mismo imagina. Aún más, la ruta hacia el desarrollo no parece ser la que se han trazado el presidente y sus consejeros. Al menos, eso es lo que se observa al confrontar su discurso con la realidad nacional.

Los límites del modelo económico de ARENA

Con cada gobierno de ARENA se acorta el tiempo para adoptar medidas para prevenir eventuales crisis económicas —en especial recesión y más desempleo y subempleo. Pese a que, a lo largo de la década, el gobierno ha reiterado las supuestas bondades de las medidas económicas implementadas, nunca han sido más evidentes los límites del modelo económico de ARENA. Reducciones de las tasas de crecimiento, caída del ritmo de crecimiento de las exportaciones y la maquila, e incrementos de los desequilibrios de la balanza comercial y del déficit fiscal son algunas consecuencias del modelo del partido en el poder. Estas no deberían ser vistas con indiferencia por quienes se preocupan de las posibilidades de desarrollo del país.

El tercer gobierno de ARENA ha cumplido su tercer año y ha persistido en el mismo discurso triunfalista de hace una década, con la diferencia de que ahora hay poco de qué jactarse. Fuera del alto crecimiento de las remesas familiares, su im-

pacto en la estabilidad cambiaria y el control de la inflación, no pueden verse signos positivos en las variables macroeconómicas. Es más, puede decirse que durante el gobierno de Flores, la situación económica ha empeorado. Este deterioro se debe, no tanto a las medidas económicas que ha implementado, sino a que heredó una situación que no era favorable, la cual se vio agravada aun más por el impacto de los terremotos de enero y febrero de 2001. Sin duda, los efectos de los sismos han sido lo suficientemente fuertes como para no obviar su impacto, ni sus secuelas. Los terremotos han generado un incremento de 3.3 por ciento en los niveles de pobreza, la semiparalización de las actividades económicas durante dos o tres meses y, en total, han causado una pérdida económica cercana al 12 por ciento del Producto Interno Bruto (PIB).

Lo anterior tampoco quiere decir que el gobierno de Flores haya sido un simple “objeto” de las circunstancias, pues por propia voluntad ha adoptado medidas que han provocado ostensibles impactos económicos. Entre ellas se destacan la eliminación de las exenciones al Impuesto al Valor Agregado (IVA); la reducción y, o eliminación de subsidios (a la electricidad, al transporte público y al suministro de agua); una reducción del 30 por ciento del gasto ordinario de las instituciones estatales; el despido de cerca de 8,000 trabajadores estatales y la dolarización. Además, el gobierno ha anunciado medidas que todavía no han sido llevadas a cabo o que no han tenido mayores resultados. Entre ellas figuran las dirigidas a “devolver la rentabilidad” al sector agropecuario, anunciadas en el discurso de toma de posesión y reiteradas en otras ocasiones por voceros gubernamentales.

Pese al triunfalismo del presidente Flores, desde 1996, la caída de las tasas de crecimiento económico es evidente. Estas nunca han descendido tanto como en los últimos años. Desde 1999, las tasas de crecimiento vienen cayendo de forma consecutiva hasta llegar al 1.8 por ciento, en 2001 —una de las tasas históricas más bajas. La situación se vuelve más dramática por la drástica reducción de los precios internacionales del café, lo cual ha hecho que su cultivo no sea rentable. Una consecuencia, es la reducción del empleo temporal en el campo. A esto se suma un enfriamiento del crecimiento y de la generación de empleo en la maquila textil, hasta hace poco una de las actividades más dinámicas. En 2002, se proyecta una tasa de crecimiento del PIB del 3 por ciento la cual,

aunque modesta, sería positiva, dadas las críticas condiciones actuales.

El crecimiento de las exportaciones también ha sido afectado por la ya mencionada reducción de los precios internacionales del café y por una tasa de crecimiento de la maquila relativamente baja, una situación que persistirá en el año 2002 (ver el Cuadro 1). No es sorprendente, pues, el creciente déficit de la balanza comercial, el cual ha pasado de 1 584 millones de dólares, en 1999, a más de 2 100 millones de dólares, en 2001.

Las finanzas públicas también experimentan una profundización de las tendencias deficitarias, al pasar del 3 por ciento del PIB, en 1999, al 3.6 por ciento, en 2001. Se espera que en el año 2002, éstas alcancen el 3.4 por ciento. Cabe señalar que, en parte, el crecimiento del déficit es atribuible a un mayor nivel de endeudamiento y de inversión pública, causado por las necesidades de la reconstrucción, impuestas por los daños ocasionados por los terremotos. Así, la inversión pública ha pasado del 2.4, en 1999, al 4.4 por ciento del producto interno bruto, en 2001. Se espera que en 2002 llegue al 4.7 por ciento.

El gobierno compensa estos déficit de producción, empleo, sector externo y sector público con mayor dependencia del exterior. La migración de trabajadores, el envío de remesas familiares y el crecimiento de la deuda pública son los medios para compensar estos desequilibrios. De este modo, el país ha podido acumular reservas internacionales netas, pese a que importa más de lo que exporta y ha mantenido estable el tipo de cambio —hasta el punto de permitir dolarizar la economía. Al mismo tiempo, el país ha comenzado a endeudarse a un ritmo más rápido, lo cual alarma a la empresa privada, aliado natural del partido gobernante. Asociada a la afluencia de remesas y a la estabilidad del tipo de cambio, ha estado la reducción de las tasas inflacionarias, las cuales, desde antes, presentaban niveles de un solo dígito e incluso un crecimiento negativo, tal como sucedió en 1999. En 2001, la inflación fue del 1.4 por ciento, mientras que las proyecciones gubernamentales para el año 2002 aseguran que no superará el 3 por ciento.

Los esfuerzos para combatir el déficit fiscal y “modernizar” el Estado han llevado a incrementar los ingresos fiscales, a través del combate contra la evasión y la promoción de la austeridad fiscal. En este marco, encajan medidas como la moderni-

zación de las aduanas, la reducción del 30 por ciento de los gastos ordinarios del Estado —medida sugerida por el Ministerio de Hacienda, cuando se elaboró el presupuesto— y el despido de unos 8 000 trabajadores, a principios del año. Pese a estas medidas, parece que el déficit fiscal no cede y continuará en niveles altos, sobre todo si se consideran las cargas financieras relacionadas con el financiamiento del sistema privado de pensiones, la necesidad de invertir en la reconstrucción y los costos asociados a la dolarización.

Por otra parte, el gobierno actual también ha continuado eliminando o reduciendo los subsidios de los servicios básicos como el agua y la energía eléctrica. En el medio de una de las típicas crisis del transporte público, el gobierno decidió eliminar el subsidio del diesel.

De todas las medidas adoptadas, la más notoria ha sido la denominada Ley de Integración Monetaria (o dolarización), mediante la cual se dio curso legal al dólar, el cual fue declarado unidad de cuenta del sistema financiero. De esta manera, de un plumazo, el gobierno eliminó la posibilidad de adoptar medidas de política monetaria, las cuales podrían permitirle enfrentar la crisis económica. La dolarización reforzó la reducción de las tasas de interés —la cual había comenzado desde principios de 1999— y, por ende, incrementó el ingreso disponible de los agentes económicos endeudados con el sistema financiero (en realidad, sólo una pequeña parte de la población). Paradójicamente, la reducción de las tasas de interés no ha generado un aumento importante en el nivel de la inversión, ni en el crecimiento del producto interno bruto.

Los gobiernos de ARENA no han dado prioridad a las medidas para apoyar a los sectores productivos, el agrícola e industrial. El gobierno actual no es la excepción, pese a que, en su discurso, el presidente Flores insiste en lo contrario. Todo parece indicar que la mejor forma que el gobierno ha encontrado para apoyar a los sectores productivos es la firma de tratados de libre comercio, en los cuales confía ciegamente; pero, en la práctica, éstos no están arrojando resultados tan alentadores como los esperados. Así, en el primer año de vigencia del tratado de libre comercio con México, el déficit comercial de este país se incrementó. Pese a haber ofrecido medidas para atender a las necesidades del sector agropecuario, éstas se han limitado a eliminar la exención del IVA para los productos del sector. La medida no parece haber sido eficaz, pues

el PIB agropecuario cayó el 3.1 por ciento, en 2000, y el 2.1 por ciento, un año después.

En definitiva, aunque el gobierno actual ha tomado algunas medidas para controlar el déficit fiscal, promover el libre comercio, eliminar el riesgo cambiario, reducir las tasas de interés y promover la inversión, la situación no ha cambiado mucho: las tasas de crecimiento económico siguen cayendo, los déficit de la balanza comercial y de las finanzas públicas se profundizan y la dependencia de las remesas familiares y del endeudamiento público se amplía. Esto es muy delicado, porque ni las remesas, ni el endeudamiento son fuentes sostenibles de ingresos; tarde o temprano, se llegará al límite, al igual que el crecimiento de la maquila, que depende de concesiones especiales de Estados Unidos. Por eso, uno de los mayores retos que tiene ante sí el gobierno es la construcción de un aparato productivo de "clase mundial", el cual pueda producir, exportar e insertarse con éxito en la economía global, y al mismo tiempo generar empleo y bienestar para la población. Sin duda, una tarea difícil que requiere de una dosis mayor de planificación, por parte del gobierno, así como también ampliar las perspectivas para tomar conciencia de la crisis "oculta" de la economía salvadoreña.

Conclusiones

Según los datos anteriores, lo único que ha florecido en el gobierno actual ha sido la exclusión. La "ruta de la libertad y del desarrollo", a la cual hizo alusión el informe presidencial del 1 de junio,



parece ser más larga que cuando se firmaron los acuerdos de paz, en 1992. No es que los dos gobiernos anteriores de ARENA se hayan distinguido por buscar el consenso entre los distintos actores sociales, políticos y económicos del país, sino que la coyuntura posterior a 1992 impuso al primer gobierno de ARENA (1989-1994) la necesi-

Cuadro 1
Resultados y proyecciones económicas
(1999-2002)

Rubro/año	1999	2000	2001	2002 Proyectado
<i>Tasa de crecimiento anual (%)</i>				
PIB real	2.1	2.0	1.8	3.0
Tasa de inflación anual	-0.5	4.3	1.4	3.0
Exportaciones totales	2.8	16.9	0.3	3.6
Maquila	12.6	20.7	5.0	4.0
Remesas (\$)	1,373.8	1,750.7	1,900	1,976
<i>Porcentaje del PIB</i>				
Inversión pública	2.4	2.9	4.4	4.7
Reconstrucción	—	—	1.4	1.7
Déficit fiscal	-3.0	-3.0	-3.6	-3.4

Fuente: Banco Central de Reserva.

dad de presentarse como abierto al diálogo, aunque sin por ello dejar de impulsar su plan neoliberal, dejando fuera del debate público puntos sociales claves. El primer gobierno de ARENA es interesante, porque revirtió el proceso de reforma agraria, devolviendo las tierras confiscadas a sus antiguos dueños, sin ofrecer alternativa a los campesinos del sector reformado.

El segundo gobierno de ARENA (1994-1999) puede caracterizarse por la consolidación de las privatizaciones y por el desmantelamiento de la estructura de bienestar social, ambas iniciadas en el quinquenio anterior. En estos dos períodos presidenciales se observa el ascenso del capital financiero, en desmedro del capital industrial y agropecuario, lo cual hace que la exclusión también incluya a grupos dominantes, algunos de los cuales se han distanciado de ARENA e incluso trabajan para conformar una alternativa. Este descontento en el seno de los sectores de la derecha —con repercusiones en ARENA— se ha agudizado durante el gobierno de Flores. Es muy significativo que una de las fundadoras del partido, Gloria Salguero, haya renunciado a ARENA para conformar su propio partido político. No obstante, la prensa no ha destacado el descontento en ARENA, tal como sí lo ha hecho con la izquierda.

El apoyo que la gran prensa brinda al gobierno de ARENA es un elemento fundamental de su estrategia política. Así, ha hecho de la imagen uno de sus apoyos fundamentales. Cristiani y Calderón también utilizaron la imagen y la prensa para favorecer su imagen, pero nunca con el énfasis que el gobierno actual le ha dado. El objetivo es explotar la figura de Flores para ocultar las deficiencias de su gobierno, para lo cual los medios de masas lo presentan como un estadista de primer orden, amigo de las potencias mundiales. La publicidad oficial muestra la cara presentable de un régimen que, de hecho, sólo se ha limitado a profundizar las políticas neoliberales de sus antecesores y a acusar más aún sus rasgos autoritarios. Mientras la retórica presidencial habla de participación ciudadana, en práctica, el poder ejecutivo rechaza el diálogo. Si la izquierda parlamentaria logra hacer prosperar una ley contraria a los intereses de los grupos de poder, Flores ejerce su derecho de veto. La misma actitud ha mostrado ante los diversos conflictos sociales, laborales y políticos: no hay con-

cesiones para quien no pertenezca al grupo que maneja el partido oficial o al gobierno.

Otra característica del gobierno actual es su fidelidad a los designios de Estados Unidos. En esto sobresale respecto a sus antecesores. Como nunca antes, el gobierno de Flores ha dado muestras de sumisión a Washington. Las pruebas sobran: la instalación de una base militar estadounidense en Comalapa, el apoyo a la despiadada guerra en Afganistán, la vergonzosa muestra de apoyo a los protagonistas del fracasado golpe de Estado en contra el presidente venezolano y las críticas al gobierno de Cuba, en los foros internacionales.

En fin, si la población ha aprobado a Flores con una calificación que lo ha llenado de regocijo y lo ha designado como la figura pública de mayor popularidad (según la encuesta CID-Gallup⁵), ¿qué significa esa población para el actual gobierno? Según Georges Labica, en el sistema neoliberal, los pobres y los desempleados dejan de ser personas para convertirse en “hombres de más”, en individuos sobrantes. Los salvadoreños que viajan al exterior, huyendo del desempleo y de la miseria, dejan de ser “hombres de más” y se vuelven importancia para el gobierno salvadoreño: son proveedores de divisas, las cuales constituyen el soporte del actual modelo económico. Pero la importancia de estas personas llega hasta ahí. Ello explica los denodados esfuerzos de la diplomacia salvadoreña para evitar las deportaciones masivas en Estados Unidos. Si vuelven al país, se convertirían de nuevo en individuos sobrantes y se perderían divisas, tan fundamentales para el sistema financiero y bancario. No se detectan esfuerzos para hacer del país un lugar que invite a los exiliados económicos, a los “balseros” del neoliberalismo, a regresar.

Han pasado trece años de gobiernos de ARENA y ninguno ha dado señales de preocuparse por la opinión ni por los intereses de la ciudadanía, como no sea por conveniencias electorales. El gobierno actual no es la excepción, lo cual muestra cuán arraigado está el autoritarismo en la política salvadoreña, un autoritarismo al cual está vinculado, desde sus orígenes, el partido en el poder.

**Centro de Información, Documentación y
Apoyo a la Investigación
(CIDAI)**

5. *El Diario de Hoy*, 20 de junio de 2002, p. 4.